

moros, ora de cristianos cada día de San Juan. Esas espaditas de madera, esos cáscos y esos turbantes de cartón ó de trapo, esos petos y esos espaldares de mírame y no me toques, son el mejor recuerdo de aquel hombre bueno, que tuvo su chifladura más patente que lo que la tenemos muchos.

Por lo demás, Mendoza era instruídísimo en historia, en táctica, en castramentación, en balística y en todas las disciplinas bélicas; y podía hablar con singular competencia de muchas cosas que aun ahora ignora la mayoría de los militares que se llaman instruídos.

Tal era Mendoza, el *loco Mendoza*, alma de la defensa de Puebla después de Ortega. De éste ya no se dice nada aquí, porque la materia quedó agotada en otra parte (1).

(1) En el libro *De Santa Anna á la Reforma*.



CAPITULO XI

El donjón

SEDEÑO llegó una mañana demudado y lleno de aficción, perdido el color del rostro, el párpado paralítico más bajo, los pies más claudicantes que nunca, y un aspecto de tristeza, de abatimiento, de dolor, que habrían infundido compasión al alma más pedernalina. Llegó á su vivienda y se dejó caer de golpe en una silla, con la cabeza baja y la sobrepelliz arrugada, pues no había tenido tiempo de quitársela antes de salir de la iglesia. Las muchachas le rodearon más espantadas que solícitas, y guardaron silencio por tácito convenio, hasta que vieron que se llenaban de agua las pupilas del casullero, que el agua se condensaba en los ángulos de los ojos, y que, por fin, dos lágrimas gordas como tejocotes le surcaban las mejillas.

— Pero, ¿qué es eso, papá? dijo Eufrasia.

— ¿Qué te pasa, papá? preguntó Gervasia.

— A ti te sucede algo muy gordo, papá, resolvieron Protasia y Eustasia.

Don Bernabé movió la cabeza indicando que era verdad lo que maliciaban las dos hijas mayores, pues le sucedía una cosa tan tremenda, que ni manera de decirla encontraba.

— ¿Han puesto presos á los señores capitulares?

— ¿Han fusilado á algún jefe conservador?

— ¿Han cogido de leva á Cordovita?

— ¿Te han impuesto algún préstamo?

A cada una de estas preguntas, Sedeño meneaba la cabeza como para indicar que no era nada de lo que creían; que la desventura era todavía más grande y más dolorosa que lo que ellas habían imaginado, y que era mejor no darle vueltas, porque no llegarían á regular el mal espantoso que había venido sobre él, sobre su familia, sobre Puebla y sobre el mundo...

Pudo, al fin, articular una palabra y contestar á las miradas impacientes de las pobres chicas.

— ¡La Catedral!

— ¿La van á derribar? preguntó una.

— ¿La han derrumbado? dijo otra.

Se limpió Sedeño el sudor y las lágrimas, bebió más de la mitad de un vaso de huevos espirituales que las muchachas le habían preparado durante su ahogo, se dió

una palmada en cada muslo, y luego contó con la lengua ya expedita:

— Pues, señor, que llegaba yo ahora por la mañana á la Catedral, cuando vi venir á una fagina de trabajadores (serían como quinientos), que desembocando de la calle de Cholula, pasaron por el portal de Libreros y fueron á estacionarse frente á la Catedral. Creí que pensarían nada más que en levantar alguno de los innumerables fortines que han alzado en tantas partes de la ciudad, cuando veo que los de las picas empiezan á levantar losas, que los de los talachos y azadones sacan tierra y que todos dan muestras de querer abrir un tajo al rededor de la Catedral. Un oficial moreno, mal vestido y de modales bruscos mandaba á la gente aquella, y al verle le pregunté si por acaso se iba á levantar alguna fortificación cerca de esos lugares.

— Á mí no me lo pregunte, que no le he de decir sino



que me han ordenado abrir un foso y que obedezco... Allí está el señor cuartelmaestre y él le contará cuanto usted quiera saber.

Como se acercaba la hora de coro, me metí á ponerme mi sobrepelliz y á arreglar lo más importante para la misa, seguro de que no habría en aquel desempedramiento nada que debiera alarmarme. Casi descuidado salía, bien dadas las seis y media, y me encontré nada menos que al loco Mendoza rodeado de una fila de oficialillos que se reían tras de él, como si fuera un maestro de niños que contara cosas increíbles. Me le acerqué con toda urbanidad, y le pregunté si acaso había determinado levantar para la defensa obras que comprendieran la Catedral.

— ¿Cómo va, casullero, cómo va? me dijo con voz de olla de tamales puesta á la lumbre... ¿Qué tal lo pasan sus señorías los canónigos?... Sí, hombre, sí; se va á levantar aquí el *donjón*, que ha de ser el último reducto de la plaza... ¡Amigos! gritó, dirigiéndose á los oficialitos burlones, cuando nuestros fuertes hayan caído al impulso de la artillería enemiga; cuando los recintos exterior, interior y del centro hayan sido hechos pedazos; cuando hayamos fracasado en nuestra empresa de defender casa por casa, cuarto por cuarto, iglesia por iglesia, bóveda por bóveda, torre por torre, el pobre Mendoza, si acaso vive, se encerrará en este *donjón*, trayendo

el último pan, el último cartucho, el último hombre, y les dirá á los franceses que se le acerquen: «He aquí por qué se rindió Puebla, he aquí por qué acabó la ciudad gloriosa que os entretuvo tanto tiempo... Y luego, dando fuego al depósito subterráneo de pólvora, volará la Catedral, y yo volaré entre sus restos...» Redoblaron las risas de los muchachos, y yo me entré al templo para salir luego con este inmenso dolor del alma.

Las Sedeños, que veían y oían con los ojos y las orejas de Cordovita, le mandaron llamar, y al ver al viejo cón aquel supiripando, el mochitango se quedó extático.

— ¿De manera que se cerrará la Catedral?

— Tan se va á cerrar, que se abrirá un foso que tendrá más de diez varas de ancho, y que se levantarán banquetas, terraplenes y demás obras de las que se hacen en un fuerte para dejar un *donjón* perfectísimo.

— Pero ¿sabe usted qué es el *donjón* ó *donjon*, como se dice en francés? (pronunció imperceptiblemente las enes, y la jota la dijo como hache apenas aspirada). El *donjon* es la parte más alta y más fuerte de los castillos, que por lo regular termina en torre, y el *donjón* de Mendoza, según usted me cuenta, será un foso bien profundo... Víctor Hugo dijo que lo contrario de un pozo era una torre; parodiándolo diría yo que lo contrario de un *donjon* es el socavón de Mendoza.

— A bien, murmuró tristemente Sedeño, que tampoco sería posible el culto en estas circunstancias.

— Ya cerraron Santo Domingo.

— Y están fortificando la Compañía.

— La Santísima está imposible.

— San Agustín está lleno de tropa y soldados.

— Las Claras están fuera de su convento.

— A las de Santa Mónica se las llevaron á Cholula.

— Hoy fueron Eugenia y la Madre á Santa Inés y se encontraron todo ocupado; apenas pudieron oír misa en el altar que queda frente al cancel.

— ¡Quién sabe que haremos! Si nos pega un dolor, nos moriremos como perros.

Interrumpiendo á sus hijas, que habían dado aquel diluvio de noticias, don Bernabé refirió á Tirso:

— Hoy salieron para Atlixco el señor magistral y su sobrina; antier se habían marchado el señor maestra-cuela, los cuatro capellanes de coro, tres solistas y el maestro del órgano: van á Tehuacán; doña Plácida y su hija, que asisten al padre Esparza, se marcharán á su casa de Cholula...

— Y los dos padres Corchados, completó Córdova, están en seguridad hace quince días; Grajales se halla fuera de Puebla; Rubín anuncia que no resistirá el sitio, sino que saldrá antes de que los franceses se acerquen; Arrijoja acaba de pedir salvoconducto al Cuartel general,

y todo el mundo, que huele una serie de grandes calamidades, hace sus aprestos para dejar esta casa que se hunde. Las gentes son como las ratas.

— Más de cincuenta mil personas han salido en un plazo de tres meses, según me aseguraba el racionero Mercado.

— No tanto, pero sí treinta mil.

— Pues S. S. calculaba que no quedábamos quince mil...

— Y luego, con la ordencita de que todos los que estemos entre los diez y ocho y los sesenta nos presentemos á defender á la pastelera patria en los fortines...

— Ya yo ya, exclamó Sedeño, parodiando á la falsa doncella, tengo pasaditos los sesenta, y encuentro por primera vez la ventaja de ser viejo; pero ¡caramba! es duro tener que quedarse por falta de medios á que le mate á uno un cañonazo ó le aplaste una bomba.

— Lo que ha de suceder, eso sucede, amigo mío; no nos mata el rayo, sino la raya, y me parece preferible ver cómo es un sitio, que irse á papar moscas en algún pueblo rabón.

En la casa de Sedeño se sabía la situación de las tropas casi tan bien como en el Cuartel general. Romo, el buen mozo Romo, era telegrafista á las órdenes del General en jefe, y daba noticias que nadie podía dar.

Anunció la llegada de Régules y de Pinzón con tropas

de refresco, y la incorporación de Huerta, que se presentaba á ofrecer nada más que los servicios de su persona.

Comunicó también la llegada de Forey á Acatzingo, la incorporación de Neigre, el movimiento de Douay, L'Heriller y Berthier, y la extraña maniobra de Bazaine, diseminando sus fuerzas en el Pinal y todo el valle de Acajete.

Dió cuenta de la comisión que tenía O'Horan de explorar la aproximación de las tropas francesas, y de los cinco telegramas que en menos de dos horas había enviado desde Chachapa, anunciando que «se había visto obligado á retirarse, porque á las nueve de la mañana el enemigo había ocupado á Amozoc». Notició que había llegado un destacamento de observación al caserío de Animas, y que tres mil infantes habían tomado la cordillera á la derecha de Amozoc, y otros tres mil habían ocupado la hacienda de las Vigas.

El diez de Marzo por la mañana sorprendió á la ciudad un cañonazo en el cerro de Guadalupe; era la señal de que la vanguardia francesa estaba al frente: Douay y Bazaine ocupaban la hacienda de la Manzanilla y establecían un campamento de observación.

El diez y ocho por la mañana se supo que llegaba el grueso del ejército. Valiéndose del compañerismo con el sacristán de Santa Inés, obtuvo Sedeño el permiso para subir á la torre de la iglesia en compañía de su familia y



...obtuvo Sedeño el permiso para subir á la torre...